

La Incubadora de Qubit



Charley
Brindley

Charley Brindley
La Incubadora De Qubit

La Incubadora de Qubit

Por

Charley Brindley

charleybrindley@yahoo.com

www.charleybrindley.com

Editado por

Karen Boston

Sitio Web <https://bit.ly/2rJDq3f>

Traducido por

Jorge Ledezma

Diseño de portada por

Charley Brindley

© 2020

Todos los derechos reservados

Publicado por Tektime

www.tektime.it

© 2020 Charley Brindley, todos los derechos reservados

Impreso en los Estados Unidos de América

Primera Edición Abril 2020

Este libro está dedicado a

la memoria de

James Seth Brindley

Otros libros de Charley Brindley

1. Oxana's Pit

2. The Last Mission of the Seventh Cavalry

3. Raji Book Two: The Academy
 4. Raji Book Three: Dire Kawa
 5. Raji Book Four: The House of the West Wind
 6. Hannibal's Elephant Girl
 7. Cian
 8. Ariion XXIII
 9. The Last Seat on the Hindenburg
 10. *Dragonfly vs Monarch: Libro Uno*
 11. *Dragonfly vs Monarch: Libro Uno*
 12. *The Sea of Tranquility 2.0 Libro Uno*
 13. *The Sea of Tranquility 2.0 Libro Dos: Invasion*
 14. *The Sea of Tranquility 2.0 Libro Tres*
 15. *The Sea of Tranquility 2.0 Libro Cuatro*
 16. *Sea of Sorrows , Book Two of The Rod of God*
 17. Do Not Resuscitate
 18. *Hannibal's Elephant Girl, Libro Dos*
 19. *The Rod of God, Libro Uno*
 20. Henry IX
- Pronto:
21. *Dragonfly vs Monarch: Libro Tres*
 22. The Journey to Valdacia
 23. Still Waters Run Deep
 24. Ms Machiavelli
 25. Ariion XXIX
 26. *The Last Mission of the Seventh Cavalry Libro 2*
 27. *Hannibal's Elephant Girl, Libro Tres*

Vea el final de este libro para detalles acerca de los otros.

Capítulo Uno

West Chelsea, Ciudad de Nueva York

Martes por la mañana, 10 a.m.

"Gracias por darme la oportunidad".

Catalina aceptó la silla de roble de respaldo recto que le fue ofrecida. Miró al hombre que estaba detrás del escritorio mientras leía su currículum.

Treinta y tantos años, Seguro de sí mismo, bien vestido. ¿Me pregunto si es el dueño o el gerente?

La chica se ajustó su falda corta azul, y luego apoyó sus manos juntas en el iPad que tenía en su regazo.

Víctor Templeton estaba recién afeitado, tenía una pequeña cana salpicada en su cabello decolorado por el sol. Su rostro parecía desgastado, cansado. Miró a Catalina por un momento, pero su mirada fija no vaciló. Escribió el número "7" en su cuaderno de notas.

"¿Qué tenemos aquí...?" miró su currículum, "¿Señorita Catalina Saylor?"

La mano de Catalina se disparó al lado derecho del muslo, donde se dio una palmadita en la falda.

¡No están aquí! La chica entró en pánico. ¿Cómo pude perderlos?

Su corazón se aceleró. Sacudió su mano de una manera y luego de otra, finalmente sintió un objeto familiar, y luego el segundo.

Ahí están. ¡Gracias a Dios!

El bolsillo oculto contenía sus tesoros. Todas sus faldas y vestidos tenían bolsillos ocultos en los pliegues de la tela. Nunca usaba pantalones o shorts. Sin su talismán, estaría perdida.

"Imágenes generadas por sonido para los invidentes", dijo ella en respuesta a su pregunta.

Víctor giró un lápiz amarillo en su escritorio. "Hmm... ¿como la ecolocalización de los murciélagos?"

La respiración de Catalina volvió a la normalidad al disminuir su ritmo cardíaco. "Algo así, pero usando la IA para convertir los rebotes del radar en una imagen no visual".

Víctor garabateó el número "8" en su cuaderno de notas. "Imagen no visual". No era una pregunta; repitió su frase como si tratara de darle sustancia. "¿Siendo alimentada por el nervio óptico de la persona invidente?"

"No. Mediante la punta de sus dedos, haciendo de su entorno una imagen táctil".

"Tiene diez minutos para venderme esta idea".

Catalina echó la cabeza a un lado, como una niña con un largo mechón de pelo que le irritara la cara; sin embargo, su cabello corto color marrón chocolate, pulcramente cepillado y echado hacia atrás, apenas le cubría las orejas. Un poco de rubor en sus mejillas habría añadido profundidad a su belleza escultural, pero nunca se maquillaba, consideraba que era una pérdida de tiempo. Tal vez algún día, si alguna vez quisiera anunciar su disponibilidad para las citas.

Abrió su iPad y lo colocó en el escritorio, de cara a su

entrevistador. Al llegar a la parte superior, presionó una tecla.

Una figura esbelta con un largo bastón se materializó en la pantalla blanca.

Catalina se sentó, manteniendo su mirada en Víctor.

Mientras miraba el iPad, la figura se movilizó y se abrió camino a lo largo de una calle bosquejada. La figura se transformó lentamente en una forma humana: una mujer, luego se le agregó ropa; una blusa florida y una falda larga, ambas en blanco y negro.

Golpeaba su bastón en la acera, sintiendo su camino.

La acera y los edificios adquirieron más detalles a medida que los sonidos de las voces murmuradas y el tráfico salían de los altavoces del iPad.

Se añadió color a la ropa de la mujer mientras se abría camino entre los peatones que pasaban; chartreuse para la falda, y un impactante naranja para su blusa. Los edificios perfilados se convirtieron en tiendas, con libros y joyas expuestos en las ventanas, mientras que una tienda de conveniencia se veía delante de ella.

"¿Quién hizo esta animación?" preguntó Víctor.

"Yo", dijo Catalina. "La mayor parte."

El entrevistador usó su bolígrafo para tachar el "8" y escribió el "9" al lado.

La mujer invidente llegó a un cruce de calles y se detuvo cuando el extremo de su bastón cayó del borde de la acera.

Inclinó la cabeza, escuchando.

"¿Hay alguien ahí?" Su voz provenía de los altavoces.

Una niña, tal vez de diez años, se acercó a su lado. "¿Qué pasa?"

"Soy ciega. ¿Puedes ayudarme a cruzar la calle? Es la 47a, ¿verdad?"

"Sí, lo es". La chica tomó su mano. "¿Qué le pasó a tus ojos?"

"Afganistán".

"Escalón". La chica llevó a la mujer de la acera a la calle.

"Podemos cruzar ahora. ¿Resultaste herida en la guerra?"

"Sí. ¿Cómo te llamas?"

"Mónica". Estamos en medio de la calle, pero aún tenemos la pasada".

"¿Vives cerca?"

"Dos cuadras". Mamá me mandó a la tienda a por polvo de hornear. Prepárate para subir a la acera".

El bastón blanco golpeó por delante de la mujer. Cuando tocó el bordillo, ella sintió la altura.

"Si no puedes ver, ¿por qué llevas gafas de sol?"

Después de subir a la acera, la mujer buscó sus gafas y se las quitó.

"Oh", dijo Mónica.

Los ojos de la mujer estaban nublados, asustados y deformados.

"Ya veo lo que pasó. Lo siento".

"No te disculpes. Gracias por ayudarme".

"¿Cómo te llamas?", preguntó la chica.

"Me llamo Cindy".

Llamaron a la puerta de la oficina y luego una joven pelirroja se asomó. "Su siguiente cita está aquí".

Víctor mantuvo los ojos en el video mientras levantaba la mano hacia ella en un gesto de "Dile al solicitante que espere unos minutos".

Catalina miró fijamente a la pelirroja. *Pendientes extravagantes. Perfectamente formados, dorados que encierran piedras de jade. ¡Ovales!*

La joven miró a Catalina, luego asintió con la cabeza a Víctor y cerró la puerta.

El video repentinamente retrocedió hasta la figura esbelta en el primer cuadro. Empezó como antes, pero ahora, a medida que la animación avanzaba, el bastón blanco estaba equipado con un brillante cilindro de metal envuelto alrededor del eje, cerca del mango. Un brazalete de diseño similar rodeaba la muñeca izquierda de la mujer. Ambos tenían LEDs verdes parpadeantes que emitían un suave pitido.

Cuando la mujer llegó a la acera, movió el bastón hacia su mano derecha, y luego levantó la izquierda, con la palma hacia adelante. El pitido se aceleró. Ladeó la cabeza, y después de un momento movió lentamente la palma de la mano abierta hacia la izquierda. Se detuvo allí, y luego movió su mano a la derecha.

La mujer invidente esperó hasta que los sonidos del tráfico se detuvieron, luego extendió la palma de la mano hacia la izquierda, aparentemente comprobando si había algún coche que

girara a la derecha y se pusiera en su camino.

Satisfecha de que estuviera despejado, se bajó del bordillo y caminó con confianza hacia delante, evitando un taxi amarillo que se había detenido a mitad de camino en el cruce de peatones.

Pronto estuvo del otro lado de la calle y caminando hacia su destino.

Víctor se inclinó hacia atrás en su silla mientras Catalina tomaba su iPad, lo giraba hacia ella, y apagaba el video.

"Bonito". Entiendo el concepto", dijo. "Pero no sólo requerirá un código muy denso, sino que tendrás que trabajar en la interfaz humano-computadora".

"Sé que no será fácil."

"¿Sabes de programación?"

"Hice la mayor parte de la programación del vídeo de demostración".

"¿Dónde aprendiste a programar?"

"Aprendí por mí misma".

Victor marcó "9" y escribió "10". "¿Por qué necesitas la Incubadora de Qubit?"

"Para un lugar de trabajo. Y también necesitareé equipo de prueba electrónica".

"¿Por qué no puedes trabajar en casa?"

"Comparto un pequeño apartamento con una compañera de piso a quien le encanta la fiesta y escuchar música a todo volumen".

"¿A tí no te gustan las fiestas y el ruido?"

"Solían gustarme".

"¿Cuántos años tienes?"

"Veintidós".

"¿No tienes otro lugar para vivir?"

"No puedo pagar un lugar por mí misma, o el equipo que necesito".

"¿Tus padres?"

"No es una opción".

"¿Tienes un trabajo?"

Ella asintió.

"¿Cuánto ganas?"

Catalina vaciló, arrugando su frente mientras miraba un cuadro en la pared detrás de Víctor. Era un gran óvalo horizontal que contenía jeroglíficos egipcios. Los símbolos eran caracteres en relieve cincelados en piedra.

"Trabajo en un café". Se llama *Muere con...* La chica trató de recordar el nombre. "Con turnos extras y propinas, cobro alrededor de cuatro mil al mes." ¿*Muere con...* qué?

"¿Y no puedes conseguir tu propio lugar en eso?"

"Tengo... um... otros gastos". *Muere con los recuerdos... pero, ¿cuál es la última parte?*

El hombre marcó "10" y volvió al "8". "¿Qué son?"

"¿Por qué necesitas saber todo esto?"

"Srta. Saylor, ¿quiere ayuda de la Incubadora?"

"Por supuesto que sí. ¡*Sueños!*"

"Entonces necesito suficiente información para tomar una

decisión. Si tiene deudas de tarjetas de crédito y sólo puede hacer los pagos mínimos, nunca saldrá de esa deuda trabajando en un café".

Muere con recuerdos, no con sueños. Ella sonrió. *Todo dentro de un marco ovalado perfecto.*

Respiró profundamente, examinó sus uñas por un momento, y luego exhaló. "Salí con un chico durante casi un año. Pensé que teníamos un futuro juntos, pero me engañó para que usara mis cuatro tarjetas de crédito hasta el límite, y cuando no pudimos cobrar nada más, me abandonó".

Víctor tachó el "8" y escribió el "10" de nuevo. "¿Ves esa puerta?" Señaló al otro lado de la habitación, frente a la puerta que la joven había abierto antes.

Sus hombros se desplomaron. Ella asintió. "¿Me está rechazando?"

"Pasa por esa puerta, escoge un escritorio vacío y organízate. Luego..."

Catalina chilló con placer, saltó de la silla y se acercó a su escritorio. "¿He sido aceptada?! No puedo creerlo. ¿Puedo abrazarlo?"



"No. Como decía, vuelve a verme a las cuatro de la tarde. Ahora, borra esa sonrisa de tu cara y ve a buscar un escritorio. Tienes treinta días para probarte a ti misma".

"Sí, señor". Ella pasó la mano por su rostro sonriente, dando paso a un serio ceño fruncido. "Estoy en ello". Se apresuró hacia la puerta.

Víctor sonrió mientras hacía una nota en el margen de su

solicitud—30 días.

Capítulo Dos

Catalina abrió la puerta a empujones para encontrar un gran almacén. Entró, dejando que la puerta se cerrara silenciosamente detrás de ella.

El lugar había sido aparentemente una especie de fábrica de ensamblaje hacía muchos años.

La parte inferior del techo ondulado estaba a unos siete pies por encima de su cabeza. A seis metros de altura, un amplio balcón corría a lo largo de los lados del edificio. Varias puertas se alineaban en el perímetro exterior del balcón. Algunas estaban abiertas, pero ella no podía ver el interior de las habitaciones.

Un gran bloque y una pila colgaban de una viga de acero. Un gancho de metal, del tamaño del brazo de un luchador, estaba suspendido debajo del bloque oxidado en una cadena oxidada. Alguien había colgado un gran muñeco del gancho.

Catalina inclinó la cabeza y entrecerró los ojos mientras miraba al muñeco, que tenía una soga alrededor del cuello.

¿Es ese Donald Trump?

El área abierta central del enorme espacio tenía treinta escritorios colocados al azar. La mayoría estaban ocupados por hombres y mujeres concentrados en sus computadoras o construyendo modelos de dispositivos extraños.

Un joven la miró, y luego volvió a montar un enorme gadget de Tinker Toy en su escritorio.

Alrededor del área abierta había una gran cantidad de

cubículos que servían de áreas de trabajo. Ella vio varias filas de estos cubículos, que formaban semicírculos alrededor y lejos del área abierta, como un anfiteatro. Podía ver el interior de algunos de ellos, y la mayoría estaban ocupados.

Encuentra un escritorio vacío, dijo.

Catalina caminó por el área abierta, pasando alrededor de algunos escritorios despejados.

Es bastante tranquilo aquí.

Alguien tosió. Una silla chirrió. No se escuchaban otros sonidos. Pero se respiraba una atmósfera intensa en el lugar, como un aula durante un examen de cálculo.

Se acercó a un cubículo desocupado. Colocó su iPad en el escritorio despejado y probó la silla. Inclinandose hacia atrás, miró las paredes en blanco del espacio de trabajo.

Sólo necesita unos cuantos cuadros para...

"Oye, Piojo".

La chica casi se cayó de espaldas. "¿Q-qué?" Miró hacia arriba y vio a una joven afroamericana asomándose por encima de la pared.

"Los piojos viven en el toril", dijo la mujer. "No te conviertes en un zángano hasta que hayas logrado algo".

¿"zángano"?

"Este cubículo no te pertenece". La mujer negra desapareció.

¿Me llamó "piojo"?

Catalina recogió su iPad y fue al área abierta del toril.

Encontró un escritorio con un dispensador de cinta adhesiva,

grapadora, lápices y una computadora de la vieja escuela.

Se sentó en el escritorio, abrió su iPad y buscó una conexión Wi-Fi.

"¿Qué estás haciendo?"

Ella se volteó para ver a un viejo desaliñado con una mano en la cadera y la otra sosteniendo una taza de café humeante.

"Yo-yo-yo estoy..."

"Yo-yo-yo-yo..." se burló de ella con voz cantarina. "Sal de mi silla".

Catalina agarró su iPad, se puso de pie y retrocedió. "Lo siento".

"Por allí".

El viejo señaló con su taza de café hacia el borde del toril, donde un escritorio de metal gris y una silla a juego se erigían como muebles de oficina recuperados y donados por alguna dependencia gubernamental, relegados a los valores atípicos.

La chica se dirigió al escritorio, y cuando se sentó en la silla, pudo sentir el frío metal a través de la tela de su falda.

El escritorio estaba alejado de los otros en el toril, mirando a una pared de ladrillo que parecía más una pared exterior desgastada que el interior de un edificio.

Su mano, como si tuviera voluntad propia, sintió el bolsillo de su falda. Deslizó su mano en este, sus dedos buscaron algo. Cuando tocaron la superficie lisa de uno de los objetos, ella sonrió.

Arriba había un gran tragaluz que permitía ver el cielo azul,

pero sólo un tenue resplandor gris lograba colarse a través de los años de la suciedad adherida.

Al abrir su iPad, Catalina buscó de nuevo una señal de Wi-Fi. Finalmente, encontró "Qubit Inc." El cursor parpadeó, y luego apareció un mensaje que pedía una "CONTRASEÑA".

Miró por encima del hombro a los otros piojos. *No creo que sean de mucha ayuda.*

El LED de "batería baja" comenzó a parpadear en su iPad.

Vio una toma de corriente incrustada en la pared de ladrillo, a seis metros de distancia. Tomó el cable de carga de su bolso.

Un metro y medio de largo. ¿Cómo voy a llegar a esa toma de corriente? ¿Tendré que mover el escritorio? Miró a los otros y negó con la cabeza. *Un pequeño piojo invisible. Eso es todo lo que soy. ¿Realmente quiero hacer esto? Al menos en casa puedo cargar mi ordenador y conectarme a Internet.*

Volviendo a su iPad, intentó "qubit" para la contraseña, y luego "Victor", pero ninguna de las dos resultó aceptada.

Si lo intento una tercera vez, podría bloquearme...

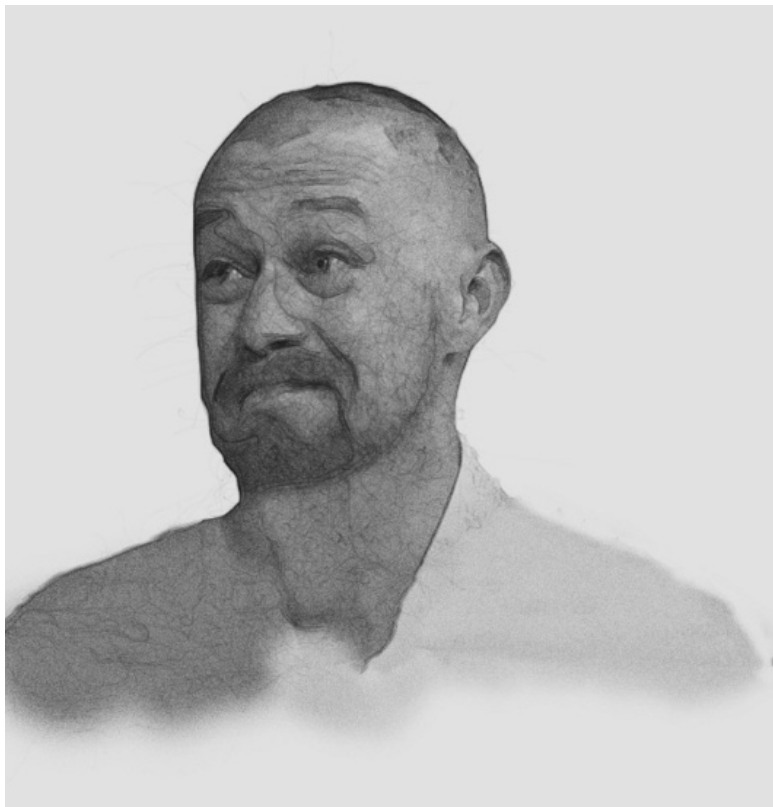
"Toril".

Catalina se giró para ver a un hombre parado detrás de ella. "¿Qué demonios? Tomé un cubículo, y alguien me dijo que me largara al toril. Fui allí y encontré un escritorio. Entonces un tipo insolente me dijo que me levantara de su silla y viniera aquí. Así que ahora supongo que este es tu escritorio y tengo que volver al medio del piso y esperar a ver si queda algún escritorio sin usar. ¿Por qué todos son tan malos en este lugar?"

El hombre sonrió mientras observaba su enojo.

"Bueno, al menos puedes sonreír", dijo ella, y luego cerró su computadora y enrolló el cable de alimentación.

El sujeto tendría unos treinta y cinco años, era corpulento, con la cabeza afeitada y una gruesa barba negra. Su descolorida camisa azul tenía mangas largas abotonadas en la muñeca.



Jugaba con una banda elástica roja, realizando un truco de prestidigitación en el que la banda elástica parecía pasar de un par de dedos a los otros dos cuando los doblaba en la palma de la mano, y luego los abría. Usando su pulgar bastante suavemente en su palma, casi parecía magia mientras la banda saltaba de un lado a otro.

Tatuajes de hermosos jaguares se deslizaban por debajo de sus puños, hundiendo sus sangrientas garras en el dorso de sus manos.

Catalina se puso de pie, lista para ir a buscar otro escritorio. "'Bullpen' es la contraseña". Su voz era suave, no amenazante. Bebió de su botella de Coca-Cola.

"Oh". Se sentó de nuevo. "Gracias".

Abrió su iPad y escribió la contraseña.

"Incubadora de Qubit". Conectado, asegurado".

Después de abrir un navegador, se conectó a su página web.

Una vista borrosa de los Alpes llenó la pantalla. Al agudizarse la imagen panorámica, se deslizó en un video desde el punto de vista de un avión no tripulado acercándose a la montaña más alta.

"¡El Matterhorn!", susurró el tipo.

Catalina asintió con la cabeza mientras miraba la pantalla.

El avión no tripulado giró ligeramente a la derecha, volando hacia un enorme glaciar. Al acercarse el video, apareció un punto rojo en el campo de hielo cubierto de nieve. El punto se hizo más grande y se convirtió en una mujer con un mono rojo. Ella saludó

al dron. Más cerca aún, y se podían ver esquís, bastones de esquí y una mochila amarilla.

Cuando el dron estaba a pocos metros, la mujer sonrió, se ajustó las gafas en su lugar y se alejó.

El dron giró para seguirla por la pendiente como si estuviera en un par de esquís a quince pies detrás de ella.

"Vaya", exclamó el tipo. "¿Tú hiciste el CGI?"

"Sí. Esos veinte segundos de grabación tomaron tres semanas de codificación".

"Lo creo. Es hermoso".

"Gracias". Ella lo miró. "Soy Catalina".

"Adu Dhabi Wilson".

"¿En serio?"

"Nací en Abu Dhabi, en los Emiratos Árabes Unidos, cuando mis padres estaban destinados en la misión diplomática de allí".

"Entonces, ¿debería llamarte 'Adu' o 'Will'?"

"La mayoría de la gente me llama 'Joe' o 'Piojo'".

Ella sonrió. "Me gusta 'Joe'."

"Parece que necesitas una extensión".

"Sí", dijo Catalina.

"Y suministros de escritorio".

Ella asintió.

"Vamos".

Joe la llevó a través del toril, donde la mitad de las veinticuatro personas voltearon a ver desde su estación de trabajo, mirándolo como si fuera un traidor.

Ella lo siguió a lo largo de un pasillo entre los cubículos.

Fuera del último círculo de los espacios de trabajo, Will hizo un gesto a su izquierda. "Ahí está la cocineta". Unos pasos más allá. "Ahí los baños. Y..." Llegaron a una puerta más allá de los baños. "Este es el cuarto de suministros".

Will abrió la puerta a empujones, para revelar filas de estantes de metal.

"Genial", dijo Catalina. "Lápices, cinta adhesiva, grapadoras, tablets..."

"Cables de extensión". Le entregó un cable nuevo, junto con un protector de sobrecarga.

"Grandioso". ¿Puedo tomar algunas otras cosas?"

"Claro. Toma lo que quieras. Todas estas cosas son para el uso de todos".

Ella cargó todo en sus brazos y se dirigió a su escritorio. "¿Qué pasa con el toril y los cubículos?"

"¿Gustas algo de beber?" Joe preguntó mientras se dirigían a la cocineta.

"Sí".

Will arrojó su botella de Coca-Cola vacía en un cubo de basura y sirvió una taza de café. "Si tomas la última taza de café, empieza una nueva cafetera. Guardamos dos o tres galones al día. Los refrescos y jugos están en el refrigerador. Si ves que algo se está agotando, añádelo a esta lista." Hizo un gesto con la mano hacia un tablero de borrado en seco en la pared al lado de la nevera. "Mantequilla de cacahuete crujiente". Mayo.

M&Ms' estaban listados en la pizarra. "Nos turnamos para ir al supermercado". Abrió un pequeño bote. "Esto es la caja chica para la tienda. El Hada Buena repone el dinero cuando se agota".

Abriendo la nevera, le mostró el contenido: Coca-Cola, 7-Up, Mountain Dew, Dr. Pepper, zumo...

"Una botella de OJ, por favor", dijo ella.

Alcanzó el zumo de naranja, miró su carga de suministros, y lo equilibró sobre su pila.

Cerró la nevera y la llevó de vuelta a su escritorio. "Cuando te aceptan para incubar, te arrojan al toril para que te hundas o nades. Si, después de los primeros treinta días, sigues siendo una masa de tejido viable, obtienes un cubículo. Dos meses después, si los dioses te sonríen, te elevas a la cima". Señaló.

Por encima de ellos, Catalina vio el balcón que rodeaba los cuatro lados de la zona del cubículo y del toril. Dos escaleras circulares conducían a él. A la derecha, donde Joe señaló, había quince puertas. Algunas estaban abiertas, pero la mayoría estaban cerradas.

"¿Qué son?", preguntó.

"Oficinas privadas".

"¿Para quién?"

"Los monarcas".

"Vaya. ¿Y esos también?" Asintió con la cabeza a quince puertas más en el balcón izquierdo.

Una joven con un Dr. Pepper subió por una de las escaleras y giró a su derecha, mientras que la pelirroja de la oficina exterior

subió la escalera opuesta y se dirigió a una de las oficinas. No llamó a la puerta cerrada, sino que la abrió y entró.

"No. Ese lado es el dormitorio".

"¿Qué?"

"Dormitorios".

"¿Quién se queda en esos?"

"Los afortunados". Joe suspiró. "Cómo me gustaría vivir allí arriba". Vieron a la otra mujer entrar en uno de los dormitorios. "Vamos", dijo Joe. "Vamos a instalarte. Tengo seis días para convertirme en un zángano, o morir".

"¿Lo lograrás?"

"La mayoría de los piojos mueren de un trauma autoinfligido antes de metamorfosearse en zánganos obreros".

Catalina se inclinó cerca de Joe. "¿Quién es ese viejo cabrón? ¿El cascarrabias?"

"William Thomas Edison".

"¿En qué está trabajando, en un arado nuevo?"

Joe se rió. "Está diseñando un sistema para recoger agua del aire usando nanotubos".

"¿En serio? ¿Qué hay dentro de los nanotubos?"

"Nadie lo sabe. No hablará hasta que lo haga funcionar".

* * * * *

Después de que Catalina llevó el cable de extensión desde la toma de corriente hasta su escritorio, enchufó su iPad para cargar la batería.

En su camino de vuelta a la sala de suministros, se detuvo en

el baño. Mientras se lavaba las manos, sus ojos se posaron en la tapa del grifo de agua fría.

Después de secarse las manos con una toalla de papel, sacó dos objetos del bolsillo de su falda. El primero era una pequeña placa ovalada de latón que decía "Hospital Psiquiátrico Evangeline" grabada en el metal. El segundo era un micro destornillador. Metió la placa en su bolsillo y quitó la funda de cuero que había diseñado para el destornillador.

Trabajando el borde afilado bajo la tapa cromada del grifo, lo sacó.

Enjuagó la tapa metálica y la secó.

Manteniéndola a la luz, admiró la letra "C" impresa en la tapa. "Es hermoso", susurró. "Un óvalo perfecto".

Después de quitar la tapa del agua caliente, con su bonita "H", Catalina la limpió y dejó caer ambas tapas en su bolsillo. Luego deslizó el destornillador en su funda y lo guardó.

En el almacén, encontró una lámpara de escritorio. Se llevó la lámpara y una caja de tizas de colores a su lugar de trabajo.

Mientras sorbía su jugo de naranja, leyó artículos de investigación y tesis doctorales de JSTOR, una biblioteca digital de revistas académicas. Su interés se centraba en los últimos avances en electrónica orgánica.

Después de dos horas, se inclinó hacia atrás y se frotó los ojos. Miró a la pared de ladrillos por un momento, y luego a la luz tenue que entraba por el sucio tragaluz.

A continuación, leyó una tesis académica durante más de

una hora, tratando de descifrar la jerga técnica. A la hora del almuerzo, fue a la cocina, y en la nevera vio varios contenedores con nombres escritos.

"No toques la comida de nadie más".

El tipo se acercó a ella para tomar un tazón de Tupperware rosa con el nombre 'McGill' escrito en el lateral con un marcador mágico negro. La sacó a codazos para alcanzar un té de melocotón Snapple.

"Disculpe". Ella se alejó de él.

Sin responder, llevó su tazón al microondas. Mientras su comida se calentaba, escribió "Sopa de carne con trozos" en el tablero de borrado en seco montado en la pared, donde había varios otros artículos de comestibles.

Se apoyó en el mostrador junto al microondas, cruzó los brazos y miró fijamente a Catalina.

Su barba de dos días era color marrón oscuro y bien recortada. Sus ojos color azul persa podrían ser bastante expresivos, si los dejara. Su cabello largo era un tono más claro que su barba. Atlético y bien peinado, lo único que le faltaba era simpatía.



Lo ignoró mientras buscaba en el congelador algo que calentar para su almuerzo.

"Los piojos comen fideos ramen". Dijo mientras miraba el temporizador del microondas.

Catalina sacó un paquete del congelador; "Carne asada y

arroz". Leyó las instrucciones.

"Siete minutos", dijo cuando el microondas sonó.

"Dice 'Cinco'".

"Se necesitan siete, Piojo". Tomó su comida caliente y su bebida fría, y luego la rozó. "Y limpia bien cuando termines".

Ella lo vio dirigirse a uno de los cubículos.

Un zángano idiota bastante antipático.

Puso el temporizador en cinco minutos.

Después de tomar un té dulce Snapple Straight Up de la nevera, lo sorbió mientras esperaba que su almuerzo se calentara.

Los trozos de carne estaban apenas calientes después de cinco minutos. Programó el temporizador para dos minutos más.

Ese maleducado zángano McGill. Pudo haber sido amable al respecto.

Volvió a su escritorio, y mientras comía, encontró un artículo sobre los nervios sintéticos.

Mientras leía sobre un sistema nervioso artificial desarrollado para usar con prótesis, hizo clic en los enlaces a más artículos de investigación.

Su almuerzo olvidado se enfrió mientras estudiaba pequeños circuitos orgánicos impresos en la piel de una persona.

Treinta minutos después, se sorprendió cuando su teléfono sonó.

"¡Están prohibidos los teléfonos!" alguien gritó desde atrás de ella.

Se volvió para ver a varias personas que la miraban fijamente.

El viejo hizo un movimiento de corte en su cuello.

Después de poner su teléfono en "modo avión", ella respondió a la llamada.

"Hola, Cat. ¿Cómo va todo?" Marilyn, su compañera de cuarto, preguntó.

"Te enviaré un mensaje de texto", susurró Catalina.

"¿Por qué no puedes hablar?" Marilyn también susurró.

"Sólo texto".

"Bien".

"Acabo de hacer enojar a todos los Piojos de nuevo con la llamada telefónica", Catalina le envió un mensaje a Marilyn.

"¿No puedes usar tu teléfono en ese estúpido lugar?"

Aparentemente no. Como en todo lo demás, aprendo cuando me gritan.

"Entonces, ¿lograste entrar?"

Sólo por treinta días. Si produzco algo en ese tiempo, podré quedarme más tiempo.

"Al menos estás dentro".

"Correcto".

Voy a pedir una pizza. Cecil, Mack y Debbie van a venir. ¿A qué hora llegarás a casa?

"No me esperes despierta".

"¿Vas a pedir comida? Marilyn preguntó.

"No, tienen comida aquí".

"Está bien. Nos vemos más al rato".

"O.K".

Catalina volvió a su lectura y encontró que un estudiante de postgrado en el MIT había usado una impresora 3D para producir una mano parecida a la humana con nervios sintéticos.

Se asustó cuando alguien se paró al lado de su silla.

La pelirroja que había visto en la oficina de Víctor se quedó mirando la computadora de Catalina.

Oh, Dios. Otro odioso zángano.

"¿Ocurre algo?" Catalina preguntó. Los pendientes de jade de la pelirroja le llamaron la atención.

"Son las cuatro y cinco, Saylor".

Catalina miró la esquina inferior derecha de su pantalla. "Sí, correcto. Gracias." Miró fijamente a la pelirroja.

"Tienes una cita con el Sr. Templeton".

"¡Oh, mierda!"

Se echó hacia atrás y agarró un bloc de notas. La mujer la llevó hacia la puerta de la oficina de Víctor, la abrió y entró delante de Catalina.

"Srta. Saylor". Victor le hizo señas para que se sentase en una silla frente a su escritorio.

La pelirroja tomó la silla junto a ella. Cruzó las piernas, se ajustó la falda verde esmeralda y se colocó un bloc de notas en el muslo.

"¿Qué piensas de este lugar hasta ahora?" preguntó.

Catalina pensó por un momento. "La hostilidad, la grosería, todo el mundo es malo..." Miró a la pelirroja. "Excepto por Joe".

"Sí, es un buen tipo. ¿Encontraste todo lo que necesitas?"

"Veo que tenemos impresoras, un escáner y una fotocopidora, pero no una impresora 3-D".

"¿Para qué quieres una impresora 3-D?"

"Quiero imprimir una mano, y también algunos circuitos orgánicos." Catalina notó por el rabillo del ojo a la pelirroja que la miraba, luego la mujer miró a Víctor.

"¿De qué tipo de impresora tridimensional estamos hablando?"

"Una Dremel Tres-D-Veinte".

La otra mujer escribió en su cuaderno. "¿Cómo se escribe eso?" preguntó.

Catalina se lo deletreó.

"¿Qué harás con la mano y los circuitos?" preguntó Víctor.

"El programa de ecolocalización que estoy escribiendo necesitará toneladas de datos para el aprendizaje de la máquina".

"Sí, supongo que sí. ¿Qué lenguaje de computadora estás usando?"

"Python".

"¿Es difícil de aprender?"

"Bueno, si estás familiarizado con Perl y Java, no es demasiado difícil".

"Hmm... Ya veo".

"¿Qué hay con los dormitorios?" Catalina preguntó.

"Los candidatos con circunstancias especiales a veces son asignados a un dormitorio".

"Defina 'circunstancias especiales'".

"Después de dos semanas, si todavía estás aquí, hablaremos de eso. Mientras tanto, necesito tus estados de cuenta de las cuatro compañías de tarjetas de crédito y cualquier otra factura vencida que tengas".

"Ya no envían estados de cuenta en papel".

"Pero puedes enviármelos por correo electrónico, ¿verdad?"

"Sí".

"Y tu estado de cuenta bancaria".

Catalina miró a la pelirroja, que estaba tomando notas de nuevo.

"Sr. Templeton", dijo Catalina. "¿Por qué necesita mis finanzas?"

"Curiosidad". ¿Algún problema?"

Ella se encogió de hombros. "Supongo que no".

"¿Hay algo más que necesites?" preguntó.

"La computación en nube de AWS estaría muy bien".

"¿Por qué necesitas eso?"

"Mi iPad no será capaz de manejar el cúmulo de datos".

"Tenemos un servidor Power Edge T-Six-Thirty".

"Lo usé para conectarme a Internet, pero es demasiado viejo y lento. Llevaría un año procesar una hora de datos".

"Discutiremos lo del AWS después de dos semanas. ¿Algo más?"

Catalina negó con la cabeza.

Víctor abrió una carpeta de manila y sacó algunos papeles. Los deslizó por el escritorio.

"¿Qué es esto?" Catalina preguntó.

"Nuestro contrato".

Revisó los papeles. "¿Ocho páginas?"

"No, sólo cuatro. Son dos copias".

Después de leer el primer párrafo, pasó a la página cuatro y vio un lugar para su firma. Victor ya había firmado con su nombre.

"Llévatelo a casa esta noche y léelo de nuevo. Puedes firmarlo mañana".

"¿Y si no firmo?"

"Entonces no podemos ayudarte".

Miró fijamente el contrato por un momento. "¿Puede darme la versión abreviada? ¿Sólo los puntos más importantes?"

"Dice que la Incubadora de Qubit se compromete a proporcionarle un espacio de trabajo seguro y tranquilo a cambio del cinco por ciento de los beneficios netos, si los hubiera, de cualquier producto o idea producida durante la vigencia de este contrato. Usted puede recibir otros beneficios que se consideren necesarios".

"¿Se necesitan cuatro páginas para decir eso?"

"Hay muchos detalles legales. Por eso creo que deberías tomarte el tiempo de leerlo antes de firmar tu nombre".

"¿Y si nunca produzco un producto comercializable?"

"Entonces terminamos el contrato, y eres libre de dejarnos, sin deber nada".

Catalina le extendió la mano a la pelirroja, con la palma hacia arriba.

"¿Qué?" preguntó la pelirroja.

"Tu bolígrafo".

Catalina firmó la primera copia, se la pasó a Víctor y luego firmó su copia.

"Bien". Colocó el contrato en la carpeta. "¿Qué tal tu espacio de trabajo?"

"Está bien. Un poco sombrío, pero está bien. ¿Cuál es el horario de trabajo?"

Le dio una tarjeta llave. "Si sales después de las seis de la tarde, asegúrate de que la puerta esté cerrada con llave. Espero que todos estén aquí de ocho a cinco, excepto el domingo y el domingo más uno".

"¿Domingo más uno?"

"Solíamos llamarlo lunes, pero ya no tenemos lunes. El día después del domingo, todo el mundo llega tarde y se va a cualquier hora después de las dos. El martes es el comienzo de las ocho a cinco. Los sábados son informales, llegan tarde y se van temprano. Eres libre de venir el domingo si quieres".

"Bien. ¿Mucha gente trabaja hasta tarde?"

"La mayoría de los que están en libertad condicional dedican mucho tiempo".

"¿Libertad condicional?"

"Estás aquí en libertad condicional durante los primeros treinta días. Creo que a los que están en libertad condicional se les llama 'Piojos' por ahí". Víctor inclinó su cabeza hacia el toril.

"Sí, y los zánganos tienen cubículos".

"Así es".

"¿Y los Monarcas suben a las oficinas?"

Asintió con la cabeza.

"¿Cómo un zángano se convierte en un Monarca?" Catalina preguntó.

"Cuando recibe una patente sobre una idea o un dispositivo".

"Una patente. Suena bien".

"Tienes que darle a ese café..." Miró a la pelirroja.

"El especial de platos azules de Hugo", dijo.

"¿Cómo has...?" Catalina comenzó. "No importa".

"¿Tienes que avisar cuando renuncias?"

"Basta con una llamada telefónica. No tengo que hacer nada como un aviso de dos semanas. Hugo puede encontrar fácilmente a alguien que ocupe mi lugar".

"Probablemente deberías hacer esa llamada hoy".

"Está bien". Se puso de pie. "Mejor me pongo a trabajar".

"No te olvides de los estados financieros".

Capítulo Tres

A las 7:30 p.m., Catalina calentó una taza de fideos Ramen.

"¿Qué te parecen esos fideos?" preguntó un afroamericano delgado mientras sacaba del refrigerador un tazón de vidrio cubierto con papel de aluminio.

"No está mal", dijo Catalina. "Me gustan porque son rápidos y fáciles de preparar".

El microondas sonó, y ella sacó su taza humeante, mientras le abría la puerta. "Tu turno, Drover".

Se arrugó la frente. "¿Me conoces?"

"Sí, y también tu nombre está en el papel de aluminio."

El joven se río. "Llámame 'Alex'." Después de quitar el papel de aluminio, puso su tazón de puré de papas y salsa en el microondas.

"Me llamo Catalina Saylor".

"¿En serio? Catalina es una isla. ¿Cómo se escribe ese apellido?"

Ella lo deletreó.

"Un juego de palabras genial de tus padres. Una isla y un marinero".

"Sí, eran bastante guays".

La miró, pero no le preguntó sobre la palabra "eran". "¿En qué estás trabajando?"

"Convirtiendo las ondas de sonido de ecolocalización en impresiones táctiles".

"Mierda".

"Lo sé, y sólo me quedan veintinueve días para probar el concepto. ¿Y qué hay de ti?"

"Estoy trabajando en células solares flexibles", dijo Alex.

Tomó un sorbo de su taza de fideos. "¿Cómo que flexible?"

"Como una tela que podría convertirse en ropa".

"Bonito". Podría dar un paseo bajo el sol y cargar mi teléfono muerto al mismo tiempo".

"Y el teléfono de tu novio también".

"Que se joda", dijo ella. "Puede conseguir su propio

cargador".

"Ouch, eso es duro. ¿Lo que te hace es tan malo?"

"Me dejó. Tengo que volver a ello".

"Sí, yo también. Tengo siete días antes de caer muerto".

"Lo lograrás", dijo ella.

El microondas sonó. "Más tarde".

En el borde del toril notó un gran pizarrón en la pared junto a una pantalla de proyección. Tenía una lista de nombres, fechas e información. En la parte superior podía leerse: "Patentes concedidas".

El primero era de Wayne Ponicar, *Cuerpo de Agua Terapéutica*.

El siguiente era de Dwight Calister, *Silla de ruedas para subir escaleras*.

Seguido por varios nombres más y sus inventos.

Cuando regresó por el toril, vio a nueve personas que seguían trabajando.

Mientras comía en su escritorio, vio un video en YouTube de una mano protésica. Apagó el sonido para que no le gritaran.

A la mitad de sus fideos, comenzó a codificar un nuevo programa.

Cuando se inclinó hacia atrás para estirar los brazos sobre su cabeza, se dio cuenta de que era más de medianoche. Girando en su silla chirriante, vio que todos los escritorios de los piojos estaban vacíos. A través de la puerta de uno de los cubículos, vio a un tipo trabajando en su ordenador.

Zánganoidota McGill. ¿Porque estás aún ahí?

Se encogió de hombros y se volvió para mirar su pared de ladrillos. Después de un momento, se puso de pie, sacó su silla del camino, y luego apartó el escritorio de la pared.

Notó que McGill le frunció el ceño cuando el chirrido del escritorio en el piso de concreto llamó su atención. Ella lo ignoró.

Frente a su escritorio, miró fijamente a los ladrillos por un momento, y luego abrió su caja de tizas de colores.

Alrededor de la 1 a.m., Catalina escuchó a McGill hacer bastante ruido en su escritorio, aparentemente preparándose para irse a casa.

Supongo que quiere que sepa que se va. Adiós a una fea molestia.

Ella no se volvió para darle la satisfacción de saber lo molesto que pensaba que era.

Eran más de las 4 a.m. cuando ella salió por la puerta lateral, y luego se aseguró de que se cerraba detrás de ella.

* * * * *

Catalina durmió casi tres horas, y luego volvió en su ciclomotor a la Incubadora.

Con una taza de café y una rosquilla rellena de crema salida de una caja de Krispy Kreme que había quedado del día anterior, volvió a su programación.

A las 9:30, Joe se dirigió a su escritorio.

"Estás dibujando algo en tu pared", dijo Joe.

Catalina lo miró por un momento. "Sí, empecé a hacerlo

anoche".

"¿Qué va a ser?"

"No estoy segura todavía. ¿Cuál es tu proyecto?"

"Gafas de teleobjetivo".

"¿En serio?" Permaneció callada por un momento. "¿Cómo los controlas?"

"Será mediante un display en la superficie interior de las lentes. El movimiento de los ojos lo encenderá y apagará, y regular el nivel del zoom".

"Me encantaría tener un par de esos", dijo ella. "Podría estar en un viaje por carretera y acercarme a una cadena montañosa en la distancia sin tener que quitar las manos del volante".

"Exactamente".

"Es una idea genial".

"Gracias", dijo Joe.

"¿Quién es esa pelirroja?"

"La asistente de Victor, Tracy".

"No es muy amigable".

"Es solo profesional", dijo Joe. "Bueno, tengo que volver al trabajo".

* * * * *

En la oficina exterior, Tracy abrió el cajón de su escritorio. Cogió un pendiente con una piedra de jade ovalada rodeada de oro y lo metió por el agujero del lóbulo de su oreja izquierda. Cuando buscó el segundo, no estaba allí. Apartó los lápices y los clips, pero no los encontró.

"¿Qué demonios?" susurró mientras abría otro cajón.

* * * * *

A las 3 de la tarde, dos trabajadores llevaron una gran caja al lado del escritorio de Catalina. Sin decir una palabra, abrieron la caja y quitaron el plástico de burbujas.

Catalina sonrió. *¡La impresora 3D!*

Tracy se acercó para supervisar a los hombres mientras la instalaban.

Pronto tuvieron la máquina preparada y conectada al protector de sobretensión de Catalina.

Uno de los hombres la encendió y realizó algunos diagnósticos, mientras el otro hombre limpiaba el material de embalaje.

Aparentemente satisfecho de que todo estuviera en orden, el hombre le entregó un portapapeles a Tracy. "Su firma, por favor".

Tracy firmó el formulario, y luego cambió el portapapeles por un grueso manual.

Los dos hombres tomaron la caja y el material de embalaje y salieron del edificio.

Varias personas en el toril miraron fijamente a Catalina, Tracy y la nueva impresora.

Después de que Tracy le dio el manual a Catalina y comenzó a dirigirse a la oficina exterior, uno de los piojos preguntó, "¿Por qué ella tiene una impresora 3-D?"

"No tengo ni idea, Crammer". La puerta se cerró detrás de Tracy.

Mientras Catalina leía el manual, McGill se acercó a examinar la impresora.

"¿Por qué tienes una impresora 3-D?" preguntó.

"No es mía, McGill. Pertenece a la Incubadora".

"¿Cómo podemos usarla cuando la tienes en este lugar?"

"Tiene Wi-Fi. Si consigues unos crayones de colores y una gran cartulina, intentaré hacer un dibujo de cómo un dispositivo periférico de Wi-Fi puede ser conectado a un servidor. El dibujo será grande y simple, algo que puedas comprender".

Joe se ríó cuando dejó su escritorio en el toril.

McGill se giró para mirar a Joe cuando se acercó a ellos.

Joe le sonrió a McGill.

"Sé cómo funciona el Wi-Fi, Piojo", dijo McGill. "¿Pero por qué no lo instalaron junto al servidor en vez de aquí?"

Catalina cogió un chip de memoria de 32 gigas que venía con el manual de instrucciones y lo conectó a una ranura de su iPad. "Eso es algo que tendrás que tartar con Tracy". Pasó una página del manual.

* * * * *

A las 5 p.m., Catalina había instalado el rollo de filamentos de nylon que venía con la impresora y estaba lista para imprimir la imagen de muestra del chip de memoria.

Mientras la impresora vibraba y el filamento de nylon se introducía en el cabezal de impresión, un objeto color rojo brillante comenzó a formarse.

Varios piojos y dos zánganos vinieron a ver como se

acumulaban capa tras capa en la cama de la impresora.

"¿Qué es eso?", preguntó alguien.

Catalina se encogió de hombros mientras miraba.

"¿Una especie de estatua?" preguntó otro piojo.

"Tal vez".

"Es una pieza de ajedrez", dijo Joe.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.